

mas de una vez escucharéis bajo las bóvedas de aquel horroroso asilo este nombre tan amable; y aún en las paredes mismas de aquellos negros calabozos veréis estampados los caracteres del patrocinio de María. Si en medio de un mar embravecido contempláis al desdichado náufrago que lucha con los vientos y porfia contra las espumosas olas por arribar al puerto, ¿á quién le oís invocar sino á María? No iréis á parte alguna, donde no veáis gloriosos vestigios, recuerdos dulces y pruebas las mas positivas y palpables del patrocinio de María. Los campos, las ciudades, los templos, los albergues del dolor, los asilos del infortunio deponen de esta verdad harto consoladora. El universo entero sabe que María, en cualidad de madre de Dios, goza los mas sublimes privilegios en favor de los mortales; que tiene el poder y le sobra la voluntad de favorecer á cuantos á ella recurren fervorosos; en suma que es la protectora universal de la humanidad y la ciudad mística del Todopoderoso, en donde hallan asilo seguro todos los hijos de Adán.

Qué nos detiene pues, católicos oyentes? ¿Por qué permanecemos quietos é inactivos, os diré con el profeta Jeremías? *Quare sedemus?* Venid, corréd, apresuraos y refugiémonos en esa ciudad fortalecida é impenetrable á los asaltos del enemigo comun del género humano: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam, et sileamus ibi* (1).

¿Hállanse acaso entre vosotros algunos que habiendo perdido el norte de la divina gracia batidos de las tempestuosas olas de los remordimientos de una conciencia criminal, de los temores de la divina justicia, sin luz, sin guía, sin fuerzas, sin aliento, sin esperanza, se hallen ya casi sumergidos en el abismo de la desesperacion? Pues no temáis: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam*; venid, corréd presurosos y refugiáos á esa ciudad fortalecida: acogéos bajo su manto y proteccion, y confiád, porque esta madre de misericordia es toda bondad, toda dulzura, toda benignidad, aún para con los pecadores desesperados; á ninguno desdeña, á ninguno desprecia, á todos recibe, á todos consueta, á todos perdona. *Et sileamus ibi*; basta que de corazon la invoquéis, para sentir los efectos de su proteccion benéfica.

¿Por ventura, acosados de las tentaciones del comun enemi-

(1) *Jerem. c. 8. v. 14.*

go, destituidos de fuerzas para resistir á sus continuos asaltos, instigados de las venenosas persuasiones de un mundo corrompido y seductor, molestados de las sugestioncs de una carne recalcitrante que se rebela contra el espíritu, persuadidos de vuestra propia debilidad, teméis ser víctimas infelices de unas pasiones tumultuosas, que os arrastran en pos de deseos criminales que no podéis satisfacer sin ofensa de Dios y detrimento de vuestra alma? Pues venid, corréd presurosos: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam*: acogéos á esa ciudad fuerte, ponéos bajo el patrocinio de María. En vano el infierno preparará sus máquinas y empleará todos sus ardides; en vano el leon feroz rugirá en derredor de esa ciudad de refugio. *Ego murus*, dirá María: yo soy un muro impenetrable, donde vendrán á embotarse todos sus ponzoñosos tiros; yo, que en el principio de los dias pisé el áspid y el basilisco, y causé la ruína mas completa al Leviatan soberbio, yo te protegeré, no temas; y mucho mas terrible que un ejército puesto en orden de batalla, te defenderé y tu victoria será la mas completa: refugiáos, repito, almas tímidas á esa ciudad santa del Dios vivo; María es terror de los demonios, á cuya vista huyen despavoridas las potestades del averno; venid, *et sileamus ibi*: no tenéis necesidad de hablar: vuestro humilde silencio, vuestras lágrimas, vuestra compuncion, serán para María un idioma mucho mas eficaz y expresivo que el de vuestra lengua; ella hablará por vosotros. Levantáos, Señor, dirá, y perezcan vuestros enemigos! y á la voz de esta Reina del cielo, no de otro modo que la cera se derrite á la presencia del fuego, así desaparecerán confusos los enemigos de vuestra salvacion.

¿Acaso, sumergidos en una profunda miseria, víctimas de la mas completa indigencia, destituidos de todo auxilio humano, pobres, sin proteccion, sin crédito, mezcláis con vuestras lágrimas el pan escaso que os proporciona el sudor de vuestro rostro, gemís, clamáis, y viendo inútiles y sin fruto vuestros ruegos delante de las criaturas, os entregáis á una negra melancolia que os consume y aniquila, y llegáis hasta á desear el sepulcro como término de vuestros padecimientos? Pues no, no os desconsoléis; venid, corréd presurosos: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam*: buscád asilo en esa ciudad de refugio; María es el consuelo de los afligidos, como canta la Iglesia santa; María es toda ojos para ver las necesidades de los

menesterosos, como la llama san Epifanio (1); María es una madre solícita, cuyas miradas están siempre atentas sobre sus hijos, para protegerlos y prestarles auxilio á todo trance, como dice Ricardo de san Víctor (2): María está tan deseosa de subvenir las necesidades de sus devotos, que esté pensamiento absorbe en cierto modo todos sus pensamientos y deseos, como se explica san Buenaventura (3); y si, como asegura san Gerónimo, el corazón de esta Señora, aún viviendo, fué tan piadoso y tierno hácia los necesitados, que jamás hubo persona en el mundo, á quien afligiesen tanto sus propias miserias, como afligian á ella las ajenas (4), ¿acaso porque ha sido sublimada sobre todas las criaturas para ser reina del cielo, se habrá ya olvidado de sus miserables hijos? No, responde el Damasceno; léjos de nosotros pensamiento tan injurioso: sean esos en buen hora los sentimientos de esas divinidades sublunares, de esos hijos de un siglo eminentemente orgulloso y soberbio, de esas almas pequeñas á la par que vanas y arrogantes, de esos cerebros que, infatuados con el humo de los inciensos que les prodigan á manos llenas unos hombres venales y aduladores, pretenden hacer que el universo los acate, se desdennan de rozarse con aquellos que les parecen sus inferiores, y creyendo hallar méritos donde no existen tal vez sino crímenes, á todos desprecian, á todos humillan, á todos sonrojan, sin exceptuar de su caprichosa insensatez aún á aquellos que un día fueron sus amigos, y tal vez sus protectores. Pero María... ah! no es conveniente á una piedad tan grande el olvido de tamañas miserias (5). Si grande fué su compasión, miéntras fué viadora, mucho mayor es y sin límites ahora que es comprensora, como escribe el seráfico Doctor; y tanto mas cuanto es mayor y mas perfecto el conocimiento que ahora tiene de nuestras necesidades (6). Postráos pues ante el trono de esa madre de misericordia, y allí poseídos de un respetuoso silencio, esperád: *Sileamus ibi*. María interpondrá sus ruegos en vuestro favor, y... no lo dudéis un punto, se enjugarán vuestras lágrimas, tendrá fin vuestra tristeza, hallará término vuestro desconsuelo, se socorrerán vuestras necesidades; y si en los consejos eternos estuviere decretado que, en pena de vuestros pecados ó para ejer-

(1) *Liquor. Glor. de Mar. tom. 1. c. 8.* (2) *Ibid.*
 (3) *Bonav. supra Salve Regina.* (4) *Epist. ad Eustoch.*
 (5) *Petr. Dam. Serm. 1. de nat. Virg.* (6) *Bonav. in Spec. c. 8.*

cicio de vuestra virtud, padezcáis estas penalidades, os conseguirá resignacion en vuestros trabajos, paciencia en vuestras tribulaciones, conformidad en la voluntad del Señor; y esta paciencia, esta resignacion, esta conformidad serán coronadas en el cielo con un premio, con el que no tienen proporcion todas las penalidades de esta vida.

Finalmente si por una permission de la divina justicia nos estuviere reservado ver aquellos días lúgubres que experimentó la ingrata Jerusalem, conforme á la prediccion de Jeremías, días en que los huesos de los reyes, y los huesos de los príncipes, y los huesos de los sacerdotes, y los huesos de los profetas, y los huesos de todos los habitantes de esta ciudad anatematizada por el Dios terrible y vengador, fueron extraídos de sus sepulcros y arrojados por las calles y plazas; días en que los que sobrevivieron á las víctimas del furor enemigo, llegaron á preferir una muerte cierta á una vida llena de las mas crueles inquietudes; días en que la verdad no existia entre los hombres; días en que por efecto del trastorno general, todo era error, todo confusion; días en que los falsos profetas, corrompidos y venales, engañaban á los incautos, anunciándoles una paz que jamás debia existir (1); si esto, repito, estuviere reservado á nuestro patrio suelo en castigo de nuestros crímenes, qué haremos? Ah! entónces sí que con mas fuerza que nunca levantaré mi voz, y os diré: *Convenite, et ingrediamur civitatem munitam*: venid, corred, apresuráos, busquemos un asilo en aquella ciudad santa de Dios; acudamos á María protectora nuestra; acojámonos todos bajo su proteccion, como en un lugar seguro; y entónces, por mas que el tortuoso jansenismo, y el impío filosofismo, y el intolerante protestantismo preparen sus máquinas belicosas, y hagan cuanto puedan y quieran, para desmoralizar, destruir y exterminar nuestra patria, nuestra religion, nuestro culto, no temáis; confiád imperturbables; esta nacion que castigada por el Dios vengador á causa de sus delitos, vió entregados los templos á la rapacidad de los impíos, profanados los asilos de la piedad, quemados sus altares sacrosantos, holladas sus imágenes sagradas, demolidos sus tabernáculos, olvidados sus sábados y solemnidades, y al mismo Dios vivo, inmortal y eterno, víctima de la mas refinada impie-

(1) *Jerem. c. 8.*

dad; esta nacion, digo, que en medio de todos estos males, bajo los auspicios de María, supo triunfar de todos los desórdenes y de las maquinaciones de sus enemigos, y volvió á recobrar su antiguo esplendor, su religion, sus templos, sus altares, su culto; experimentará el efecto de las promesas de su protectora; María no permitirá que su confianza sea ilusoria.

Así lo esperamos, ó Reina del empíreo, sublimada sobre todas las jerarquías celestes. Así lo esperan estos vuestros fieles devotos, cuyos deseos son que vuestro amor se encienda en todos los corazones, y que todas las lenguas celebren vuestras alabanzas. Así lo espera todo este pueblo, que os rodea y aclama ciudad de refugio, lugar de asilo y tabernáculo de propiciacion. Así lo espera ese gérmen electo, ese real é ilustre sacerdocio, gente santa, pueblo de adquisicion, y yo en nombre de todos me atrevo, ó madre amantísima, á presentaros sus votos y deseos. Harto sabemos cuánta necesidad tenemos de vuestro patrocinio. Ahora mas que nunca se hace preciso desarrolléis en favor nuestro todo el caudal de vuestra piedad y misericordia sin límites. Cesen, ó Virgen santa, cesen ya los males que nos aquejan. Que en lugar de las turbulencias y divisiones que agitan este país vuestro por excelencia, renazca la paz y la union, precursoras de una verdadera época de ventura y felicidad: que arda en los pechos de todos el sagrado fuego de vuestro amor y culto; y que todos os aclamen su vida, su dulzura, su esperanza en esta vida, para que en la otra vos misma seáis su gozo, su felicidad, la que ciñáis sus sienes con la corona inmortal de la gloria.

DISCURSO

DE

NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES.

(DE TRONCOSO.)

Signum magnum apparuit in caelo; mulier amicta sole, et luna sub pedibus ejus, et in capite ejus corona stellarum duodecim.

Hé aquí el gran prodigio que apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas.

Apocalipsis, c. 12. v. 1.

Regina angelorum: ora pro nobis.

Rogad por nosotros, ó Reina y Señora de los ángeles.

La Iglesia en la Letan. lauret.

Si es indisputable que la devocion y culto de María data desde la mas remota antigüedad, no lo es ménos que desde los primeros siglos del cristianismo se vieron brotar enjambres de viles insectos que, apurando los quilates de su pérfida malignidad, se declararon enemigos irreconciliables de esta bella criatura, obra maestra de la diestra del Excelso, y reproduciéndose sin interrupcion en todas épocas, dejaron marcadas, por donde quiera que pasaron, las inmundas huellas de su impiedad. Pero esta impiedad parece haber llegado á su apogeo en un siglo, cuyo genio eminentemente destructor, no contento con adoptar los principios de muerte de los que le han precedido, ni satisfecho con recoger la escandalosa herencia de los